



GRISELDO MANRÍQUEZ

Puerto Tranquilo

Esto le pasó a un poblador de Bahía Exploradores.

El hombre venía hacia Tranquilo, en la época en que no había camino. Llevaba varios días andando y le tocó la mala pata de que se le cansó el pilchero justo cuando tenía que cruzar el río La Huemula. Intentó que partiera dándole unos rebencazos, pero el animal no se quería mover. Así que no le quedó más que sacar sus cosas, dejar el caballo y ver cómo hacía para cruzar.

Estuvo un buen rato pensando cómo bandear el río sin que se mojaran sus cosas porque, pucha, llevaba dos chiguas, el soborno y otra carga arriba. ¡Andaba trayendo de todo! No hallaba qué hacer, hasta que dijo: «Voy a enlazar un salmón». No vaya a creer que es mentira, allá en La Huemula salían salmones grandes. De once, doce, hasta quince kilos saqué yo una vez.

Y el hombre enlazó uno enorme. Trató de ponerle las trabas para ensillararlo, pero, como el salmón no tiene patas, no pudo. Así que lo ahorcó nomás. Le puso la montura, las pilchas, lo cinchó bien cinchado y se largó para el río. Y dice que llegó con la carga sequita, no ve que el salmón iba medio ahorcado, entonces andaba paradito.

El problema fue que el salmón, como buen pescado, se siente extraño fuera del agua y cuando llegaron a la orilla se puso bellaco, comenzó a corcovear y empezó a desensillarse porque es de piel resbalosa. Y, de tanto corcovear, la carga se le encogoteó, o sea, se le fue al cogote, el salmón se dio la vuelta y la mandó al río.

Así que el hombre volvió a quedar sin pilchero, pero esta vez del otro lado y con todas sus cosas mojadas.



NUVIA MUÑOZ

Bahía Murta

Cuando mi primo Hugo era chico, fue con su familia a dejar una tropa a Coyhaique y a la vuelta, por el valle del Murta, se le cayeron las herraduras a su caballo. Para salir del paso, no hallaron nada mejor que cortar un árbol y hacerle unas de madera.

La cuestión es que al otro día se levantaron y el caballo no estaba por ninguna parte. Buscaron y buscaron, pero no lo pudieron encontrar. Así que se vinieron nomás. El Hugo se tuvo que volver enacado de la abuela.

Después de muchos años tuvieron que ir a dejar otra tropa a Coyhaique y alojaron en el mismo lugar donde se les había perdido el caballo. Y cuando estaban cortando leña sintieron un relincho. Miraron para todas partes, pero no había ningún caballo. No me va a creer que ahí el Hugo levanta la cabeza y ve a su caballo como cinco metros más arriba. ¡Le habían crecido las herraduras y había quedado en la punta de un árbol!



CAMILO ZAPATA

Valle Simpson

Mi abuelo paterno, don Amador Zapata, contaba que fue llamado al mundial de Inglaterra como el único jugador de la región de Aysén.

Decía que el equipo empezó jugando de menos a más, cada vez mejor, y fueron clasificando, clasificando, hasta que Chile llegó a la final, que era contra Brasil. Pero, como don Amador era tan habilidoso, en todos los partidos lo agarraban a patadas. Así que cuando llegó el gran día el técnico le dijo: «Mira, Zapata, solo vas a jugar los últimos minutos porque estás muy golpeado. Te voy a guardar para el final».

¡Y empezó el partido, Chile vs. Brasil! Los brasileños agarraron la pelota y nos hicieron el 1 a 0 al tiro. Después se pusieron a tocarla y no la prestaron más. Quedaban cinco minutos y el público empezó a gritar «¡Zapata, Zapata! ¡Que entre Amador Zapata!», porque mi abuelo era como la estrella del mundial.

Entró cuando quedaban como treinta segundos. Agarró la pelota en la mitad, se pasó a uno, a dos, la echó a correr y se llevó tres en velocidad, drible a otro y justo cuando estaba en el área itremenda patada que le pegaron! Casi lo quiebran, no se podía mover del dolor. Así que el árbitro tuvo que cobrar penal nomás. Y todos querían patear porque era la última jugada del partido e íbamos perdiendo 0 a 1. Pero el técnico dijo: «No, no, no, a Zapata se lo hicieron y Zapata lo va tirar».

Entonces don Amador puso la pelota en una champita media levantada, tomó tres pasos para atrás, tres para adelante y le mandó el sequinazo con toda el alma. Y no me va a creer que fue tan fuerte el chute que la pelota se partió en dos. Una mitad entró por la derecha, la otra por la izquierda y el arquero quedó parado en medio. ¡Ganamos 2 a 1 el partido! ¡Salimos campeones del mundial!



PATRICIA MUÑOZ

Bahía Murta

Esta historia es verdad, no es nada mentira. Es la historia de cómo al tío de mi marido, don Carlos Cárdenas, le pusieron el mote de Leonero.

Don Carlos vivía en Aysén, pero en el campo. Allá tenía una chocita de puro palo parado, un campamento. Hallaba bonito vivir ahí, pero había un león que lo visitaba todas las noches y él tenía miedo de quedarse dormido porque se lo podía comer.

Ya choreado por la falta de sueño, dijo: «Esto no da para más, tengo que cazar a ese león». Entonces agarró sus pilchas, se fue para el pueblo y compró una garrafa de vino. En ese tiempo salían esas de cinco litros, las damajuanas.

Así es que, ya, pescó la damajuana, agarró la fuente más grande que tenía, la llenó con vino y la puso afuera de la choza. En la noche, como estaba en vela, sintió que andaba merodeando el león. Se puso atrasito de la puerta y escuchó que el animal estaba metale tomándose el vino. Y después un silencio total. Pensó que tal vez se había ido, pero asomó la cabeza por la ventana y lo vio tirado durmiendo la mona guata para arriba.

«Esta es la mía! —pensó—. ¡Aquí cazo a este león!». Abrió la puerta, se acercó despacio, lo movió con una escoba, le tiró un choco, y el león nada. Así que lo agarró, lo amarró de las cuatro patas como a un cordero, se lo torció al hombro y se fue al pueblo. Para puro mostrarse y decir que había cazado un león. Y qué, si ni lo había matado. Estaba borracho nomás. Pero la gente pensó que estaba muerto y le pusieron el Leonero. Así lo conocían todos en Aysén. Nunca más fue Carlos Cárdenas, sino que era el Leonero.



ELIECER VÁZQUEZ

Puerto Sánchez

Esta es la historia de cómo Pedro Abarzúa llegó al Engaño. Me la contó él mismo, no ve que es buenazo para la mentira.

Su papá era del norte, no sé de dónde, de Osorno tal vez. Un día le dijo: «¡Nos vamos para el sur a buscar un campo!». Pedro era chiquitito y en ese tiempo no había aviones, así que el papá agarró una vaca, la carneó y se metieron los dos adentro del estómago.

De repente, empezaron a llegar los cóndores a comerse las tripas: uno, dos, tres. Cuando había como diez, el papá le dijo: «¡Agárrate firme de las tripas!», y pegó un grito que los cóndores salieron disparados. «Amigo, nos fuimos volando agarrados de las tripas», decía el Pedro.

Cuando ya los cóndores se habían comido todo el tripal, Pedro y su papá tuvieron que tirarse nomás. ¡Y justo fueron a caer en el valle del río Engaño!



HERMINDA LEVÍN

Puerto Tranquilo

Había un viejito muy rementiroso. Se llamaba Juan Segundo Ramírez y lo mataron en Argentina, yo creo que por mentiroso. Era chiquitito y medio chuequito, pero según él había sido un hombre grande.

Contaba que, cuando era domador de una estancia, los caballos lo golpeaban y lo botaban y por eso se había ido achicando de a poco. Quedó chiquitito de tanto quebrarse los huesos.

Con la última quebrada grande que le hicieron, le rompieron las costillas y lo molieron entero. Lo dejaron en el piso todo roto, no se podía mover. Estaba ahí sin saber qué hacer, cuando a lo lejos vio una botella y se le ocurrió una idea.

Arrastrándose a duras penas, llegó hasta la botella, la pescó y se puso a inflarla, miércale, fu, fu, sopla que te sopla. Y tac, tac le hacían los huesos cuando se estiraban y se acomodaban. Así logró arreglarse.

Después, cuando terminaba de conversar decía: «Ay, Dios, compañerito, usted no me va a creer. Puede creer que es mentira. ¡Pero es la pura verdad!».